

I. Es verdad que el hombre es débil de por sí, pero la fuerza de algunos empujeña a otros hasta hacerles otra vez barro de la tierra. Es verdad que somos pobres, pero la riqueza de algunos empobrece a otros hasta la miseria. Es verdad que nunca podemos escapar a la soledad de ser nosotros mismos, pero la prepotencia de unos aísla a otros hasta la desesperación. Es verdad que el hombre sufre porque su cuerpo y su alma enferman contra él mismo, pero la violencia de algunos hiere los cuerpos de otros incluso hasta la muerte. Es verdad que la muerte forma parte de nuestro ser, pero ésta se adelanta demasiadas veces por acciones u omisiones de unos o de otros. La debilidad, el dolor, la pobreza, la muerte también son consecuencia del pecado. Muchos salmos así lo expresan dando voz al silencio de tantos inocentes que están prisioneros del rechazo, la violencia, el desprecio o el abandono de "los fuertes" (Sal 6, 12, 34, 43, 79).

Pero también nuestro propio pecado nos conduce a la debilidad a la soledad, a la desesperación... (Sal 51) aunque a menudo al sufrirlas busquemos culpables a los que acusar fuera de nosotros.

II. En esta situación la debilidad se hace llamada a la conversión, llamada de nuestros hermanos que sufren y llamada de Dios que no puede no sufrir viendo cómo sus hijos alzan la voz a Él (Ex 3, 7.9). Atado a la cruz que el pecado le impone, en una agonía rodeada de burlas, en la soledad del que es abandonado por el miedo de los suyos... Jesús grita: *Tengo sed* (Jn 19, 28). Sed de paz, sed de compañía y comprensión, sed de vida, sed de Dios. Y en su grito están los gritos que nos llaman a convertirnos tanto si hemos participado en el escarnio como si simplemente hemos vuelto la vista para escapar (Sal 22, 16). Convertirse, volver a Dios abrazándole en quien nos necesita y dejándonos abrazar por su perdón.

También en esta situación somos llamados a la oración y a la fe porque muchas situaciones son irresolubles. Orar para resistir el peso de la desesperación (Mc 14, 32-41) y orar para que otros resistan arraigándose en la fe que necesita nuestro corazón débil y herido (Jn 17, 9-20). En la cruz, en el dolor, en la debilidad de los hombres y mujeres podemos ver concentrado el pecado del mundo, pero Cristo nos ha enseñado que en ella también puede nacer, de su mano, el mayor amor que puede vivirse en el mundo. Cristo ha comenzado el camino transformando su sufrimiento en amor ofrecido (Jn 10, 1-21; 1Pe 2, 21-24), ha dejado las últimas gotas de agua de su corazón moribundo (Jn 19, 33-34) para saciar a quien mirándole grite: *Tengo sed* (Jn 7, 37-39). Y no pocas veces esas gotas las hemos de administrar nosotros (Hch 3, 1-10).

III. Para esto, sin embargo, tenemos que escapar de los engaños de nuestro corazón, esos engaños que, por ejemplo, preguntan: *Pero, ¿quién es mi prójimo?* (Lc 10, 29). O que responden a la pregunta de Dios con otra pregunta: *¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?* (Gn 4, 9). O que se vuelven sobre sí mismos con la agilidad de la serpiente del paraíso haciendo que las propias preocupaciones nos cierren al dolor de los demás cuando nos necesitamos mutuamente. ¿Cuántas veces livianas preocupaciones cotidianas nos excusan de mirar de frente las angustias terribles e igualmente cotidianas de tantos hombres y mujeres silenciados? ¿Quién no se engaña pensando que la pobreza del mundo no tiene nada que ver con su forma de vivir? ¿Quién pensando que no puede hacer nada, no derrocha su tiempo, sus talentos y sus bienes en actividades banales? O ¿Quién cree que la importancia de sus cosas no le permite darse a los demás (Lc 10, 31-32)?...

En el fondo del corazón vive el engaño de Satán que nos ha convencido de que la verdadera alegría está al margen del dolor, por eso sólo el Espíritu de Cristo nos hará saber que el verdadero amor, la verdadera alegría y el sufrimiento no se pueden separar, al menos mientras peregrinamos por esta vida. Todo está en contra de esta idea considerada sádica por una cultura que invita a una alegría inmisericorde, a costa de lo que sea.

IV. El Señor nos ha reunido en comunidad de hermanos. Y es cuando vivimos fraternalmente (Rom 12, 9-21) cuando comienza a abrirse para el mundo la vida nueva donde el dolor es sosegado y la esperanza fortalecida. El Señor nos ha dado hermanos para que nos sostengan y nos entrega a ellos para que los sostengamos (1Cor 12, 12-13, 13). Nos ha reunido alrededor de su muerte y su resurrección para que fijos los ojos en él aprendamos a cargar con la cruz común de nuestra carne herida y a esperar junto a él que la carga sea levantada por la victoria de la vida eterna de su amor.

Cada vez que nos hacemos prójimos la ternura de Dios se alza en medio de esta tierra de pecado y dolor para que veamos los cielos abiertos. Cada vez que nos miramos como hermanos el Espíritu de vida con el que Dios alentó el mundo comienza a respirar para que todos sepamos cuál es nuestro destino. En fraternidad podemos empezar a cantar con verdad el canto del Señor (Sal 126).

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

*¿Cuáles crees que son los poderes del mundo (instituciones, personas, actitudes...) que acrecientan la debilidad y el dolor de los hombres? ¿Cuáles son “los poderes” que ayudan a los hombres a sostenerse en su debilidad (instituciones, personas, actitudes...)?

→ Pide a Dios un corazón que sepa discernir dónde están los poderes de vida y cuáles son los poderes de muerte, y una voluntad firme de vivir según sus criterios en medio de ellos.

* Medita sobre el significado que tiene (o puede tener) para ti la afirmación paulina: “Nuestro Señor Jesucristo siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza” (2Cor 8, 9).

* La prepotencia y la debilidad son primas hermanas, donde aparece la primera a su alrededor y desgraciadamente se extiende la segunda. Desde esta experiencia habitual en la vida cotidiana medita el texto de Mc 10, 35-45.

→ Pide por los oprimidos y empobrecidos del mundo. Pide igualmente por los codiciosos y violentos.

* Intenta descubrir cuáles son tus engaños para no ver el dolor que te rodea y que podrías mitigar.

→ Haz una oración de petición de perdón y pide a Dios un corazón compasivo. Da gracias igualmente por los hombres y mujeres que entregan su vida para sostener a los débiles.

* Medita el texto de estas canciones y durante unos días conviértelas, verso a verso, en alimento para tu oración. He aquí algunos versos:

→ Cuando el pobre nada tiene y aún reparte,
cuando un hombre pasa sed y agua nos da,
cuando el débil a su hermano fortalece,
va Dios mismo en nuestro mismo caminar.

Cuando amamos, aunque el odio nos rodee,
cuando un hombre donde hay guerra pone paz,
cuando hermano le llamamos al extraño,
va Dios mismo en nuestro mismo caminar.

(J. A. Olivares-M. Manzano, *Pequeñas aclaraciones*)

→ Hay quienes son felices repartiendo sonrisas
y otros que no saben ni reír ni repartir.

Algunos se quejan de cuanto acontece,
mientras otros agradecen tan solo por vivir
Hay quienes viven siempre calculando

como no tener problemas
y otros transforman sus penas en oportunidad
para amar.

(C. Seoane, *Para amar*)

5. Dolor - Pecado - Fraternidad.

Te alabamos, Padre de todos,
fuente de la fraternidad universal.
Te alabamos, manantial inagotable
de riquezas sorprendentes.

Te alabamos a ti, que nos reúnes como hermanos
para compartir los dones que repartiste entre todos,
para todos.

Te alabamos, y a la vez,
agachamos la cabeza avergonzados
en este mundo de lindes y vallas,
de fronteras y policías de fronteras,
en este mundo parcelado
donde se derrocha y se muere en la miseria al mismo tiempo.

A ti que has creado el corazón del hombre
para hacer latir el mundo con bondad,
a ti, que puedes cambiar el corazón del hombre
con la luz de tu verdad, te suplicamos:

Danos ojos compasivos para no cerrarlos
ante quien nos necesite,

Danos boca de profetas para no callarnos
ante los que olvidan el bien común
y la vida de los pobres,

Danos alma de cristianos para que nuestra preocupación
no sea cómo aumentamos
nuestras posiciones y nuestras posesiones,
sino construir el hogar que el mundo necesita.

Y a todos danos hoy
el pan de cada día.